

No la Parán los Militares

POR FLAVIO TAVARES, corresponsal de EXCELSIOR

BUENOS AIRES.—Con altibajos, aco-rralados entre el fantasma de la recesión económica y la violencia política, los militares argentinos cumplieron seis meses en el poder. Durante ese periodo, han ejercido el mando en forma total y absoluta, pero no han logrado alejar la sensación de inseguridad que desde hace más de un año transforma a este país en un extravagante escenario de una guerra interna no declarada pero efectiva.

La inflación galopante y desenfrenada fue detenida, pero los precios internos suben constantemente mientras el salario real alcanza sus niveles más bajos de los últimos años.

La guerrilla de extrema izquierda ha sido desmantelada, su capacidad operativa fue cortada, pero el terrorismo continúa y la ultraderecha, con sus grupos parapoliciales, aún no ha sido doblegada.

La balanza comercial presenta ahora un superávit de 550 millones de dólares (once mil millones de pesos), pero la deuda externa crece.

Argentina abrió sus puertas a los inversionistas extranjeros, pero los grandes capitales internacionales, de hecho, aún no empezaron a llegar. El ahorro interno se reactivó, pero los pequeños, medianos y grandes inversionistas nacionales prefieren todavía los negocios especulativos, de lucro rápido y fácil.

El general Jorge Videla reitera que el objetivo de su gobierno es instaurar "una democracia republicana representativa", con participación plena de todas las corrientes de opinión. Sin embargo, subraya al mismo tiempo que no se puede caer en la tentación de soluciones electorales apresuradas "ni en composiciones políticas de cuyo fracaso reciente todos se acuerdan" y con eso, aparentemente, excluye al peronismo de los proyectos de futura reorganización política.

En seis meses de gestión, el gobierno militar no disfruta hoy del mismo apoyo que tenía el pasado 24 de marzo, cuando Isabel Perón cayó y una sensación de alivio se apoderó de todo el país, como si fuese el fin de una pesadilla. La clase media urbana, que apoyó la caída de Isabelita, y los trabajadores que observaron su derrocamiento sin ira ni emoción, se transformaron poco a poco en severos jueces y críticos del nuevo gobierno.

Sin embargo, no lo desafiaron abiertamente. Es como si una inmensa apatía se hubiera apoderado de Argentina. Las frustraciones generadas por el último periodo del gobierno peronista —o más bien, el errático caos del mando de Isabelita— parece haber trabado la dinámica de ese pueblo explosivo, extrovertido y gritón, mezcla de italianos, españoles, gallegos y vascos.

Ese pueblo místico, que veía la salvación en ser peronista o en ser antiperonista —dividido en la antinomia "justicialistas" o "radicales"—, no vislumbra hoy ningún mito para sustituir a los ayeres, que la historia o las armas subyugaron.

En los tres últimos meses del periodo de Isabel Perón, el dólar fue el mito de la sociedad argentina. Todos los ahorros domésticos iban a parar a las casas de cambio, para transformar los pesos en dólares norteamericanos obtenidos en el mercado negro. Dos días antes del golpe, el 22 de

marzo, el dólar llegó a costar 320 pesos en el mercado negro. Un pasaje de autobús costaba, entonces, ocho pesos. Al subir el gobierno militar, el dólar bajó a 210 pesos. Hoy está a 240 pesos, y un pasaje en ómnibus cuesta de 15 a 22 pesos.

EL NUEVO IDOLO LA BOLSA DE VALORES

Con el nuevo gobierno, el nuevo idolo pasó a ser la Bolsa de Valores. En los primeros días del gobierno militar, el optimismo empresarial provocó un alza sorprendente e insólita en las acciones de las grandes empresas, que aumentaron su valor de dos a cuatro veces. Pero en los últimos veinte días, comenzaron a descender vertiginosamente.

El mismo 24 de septiembre, cuando Videla pronunció el discurso de sexto mes de gobierno, en el recinto de la Bolsa de Valores de Buenos Aires, en la calle Sarmiento, hubo silbidos, abucheos y encuentros de box y lucha: no sólo descendieron las acciones de las grandes empresas sino bajaron también los super garantizados bonos de inversión gubernamentales para el desarrollo.

Este zig-zag es la característica de estos 180 días de gobierno castrense, en que la austeridad de su programa económico y el autoritarismo surgido de la fuerza de las armas, lograron reordenar el proceso productivo, que en los últimos quince meses del periodo de Isabel Perón llegó a una situación muy cercana al caos. Pero, según juicio casi unánime —y que algunos sectores militares comparten— estos instrumentos usados hasta ahora son insuficientes para definir el verdadero futuro que espera a Argentina.

Algunos indicios señalan que el clima de seguridad tiende a desaparecer del área económica.

El presidente Videla subrayó como "una conquista de alto significado" el hecho de que en apenas seis meses, Argentina haya superado el estrangulamiento del sector externo de su economía, que el déficit fiscal haya disminuido y que el programa económico se haya implementado sin una desocupación masiva. Sin embargo, el mismo presidente reconoció que "hubo una baja notable en el salario real".

"Quiero ser particularmente claro; estamos conscientes de que hubo esa baja", expresó Videla en una confesión de honesta franqueza.

El ministro de Economía, Alfredo Martínez de Hoz, está convencido de que los trabajadores entenderán con "realismo y patriotismo" el sacrificio que el actual gobierno les exige.

"Comprendieron que es mejor que todos tengan un poco menos en términos reales a que muchos se quedaran sin nada" afirmó. Y garantizó que, tan pronto se reorganice la economía, "todos volverán a tener los niveles de poder adquisitivo de antes", que hicieron de Argentina el único país sudamericano donde un obrero acostumbraba ir, bien vestido, a restaurantes, cafeterías, teatros o cines en los fines de semana; o a un balneario con toda su familia en las vacaciones de verano.

"Exijo que me crean, porque siempre

cumpli con lo que prometí o dije", afirmó Martínez de Hoz en un patético discurso televisado a todo el país y agregó, en una alusión a los últimos meses del gobierno derrocado: "desgraciadamente, muchos tienen la memoria corta". Pero, poco después, al hablar ante industriales y comerciantes, el ministro pidió "un acto de renovación y fe" y requirió el esfuerzo de los empresarios y los trabajadores "para evitar un nuevo brote inflacionario".

La economía argentina comenzó a reorganizarse pero aún está muy lejos de haber superado los principales problemas que el mismo ministro llama de "estructurales y coyunturales". Pero, a pesar de todos estos problemas y del fantasma de la recesión, el sector económico es el que presenta en estos seis meses el panorama más alentador: la inflación sin trabas por lo menos ha sido detenida; en el área política, ocupada integralmente por las fuerzas armadas, todo el esfuerzo se dedicó a combatir la subversión de extrema izquierda; en términos militares, el gobierno de Videla obtuvo en ese sector un éxito casi absoluto, si bien fue muy alto el precio político-popular que se vio forzado a pagar. El mismo general Videla definió como "muy próxima" la victoria contra la guerrilla y la calificó como "cruenta y difícil".

"La guerrilla dejó de ser una alternativa, está destruida en su capacidad operacional y aislada de la población", afirmó el presidente.

Todo indica que es correcto. Roberto Santucho y los otros principales cabecillas del neotrotzkista Ejército Revolucionario del Pueblo fueron muertos, y el aparato de propaganda de los Montoneros así como sus más importantes fábricas de armas, fueron descubiertas y desmanteladas. Pero, más allá de los triunfos tácticos del gobierno al desbaratar al ERP y romper el poder de los Montoneros, la implacable lucha antisubversiva creó, también, la inseguridad en amplios sectores de la población que nada tienen en común con la guerrilla.

En el día o en la noche los coches sin placas, ocupados por policías vestidos de civil, con metralletas apoyadas en las ventanillas, listas para dispararse, se movilizan velozmente por las calles de Buenos Aires tocando sus sirenas.

Asimismo, un enorme número de personas (algunos las calculan en cerca de mil) están detenidas desde hace varios meses, sin que sus familiares conozcan su paradero o sin que se sepa de qué se les acusa.

Los grupos de extrema derecha, por su parte, continúan impunes. Su lista de crímenes creció en los últimos meses y sus víctimas llegan a 249 muertos en estos seis meses. Los últimos fueron dos abogados, dirigentes de la liberal Unión Cívica Radical que con anterioridad defendieron a presos políticos.

Hace cerca de un mes, aparecieron en los alrededores capitalinos los cadáveres de treinta supuestos "montoneros". El gobierno repudió el crimen y prometió investigarlo en todos sus aspectos, "caiga quien caiga" según expresó el mismo presidente Videla.